



Juan Valera

Belleza

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Belleza

Expresa esta palabra idea tan capital e importante, que sería extraño que, desde tiempos muy antiguos, no hubiese llamado la atención de los sabios, excitándolos a definirla bien y a explicar su esencia. La idea parece, al considerarla superficialmente, tan clara, que apenas hay nadie que diga que ignora lo que es belleza, y, sin embargo, no bien se analiza el concepto, se empiezan a sentir las dificultades, nace la incertidumbre y se advierte lo arduo, lo casi poco menos que imposible de una definición exacta y cumplida. Si esta definición se diese, la ciencia o filosofía de la belleza se construiría sobre ella como sobre su fundamento.

Esta ciencia o filosofía es nueva, si separadamente y en tratados especiales y con nombre singular la buscamos; pero es muy antigua, porque apenas ha habido filosofía, desde Platón hasta el día, pasando por Aristóteles, los estoicos, los neoplatónicos, los padres de la Iglesia griega y latina, los escolásticos de la Edad Media y los filósofos del Renacimiento; que no hayan tratado de la belleza, y discurrido sutil y largamente acerca de ella, antes que naciese Baumgarten. Este discípulo de Wolf no inventó la ciencia o filosofía de lo bello, pero la trató el primero por separado.

Y, sin embargo, lo mismo hasta entonces que desde entonces hasta ahora, nunca se ha logrado dar una definición de la belleza exacta y cumplida y en que convengan todos.

Naturalmente, como la filosofía de la belleza es secundaria o aplicada, cada una de las filosofías de la belleza que se han escrito y cada una de las definiciones que de la belleza se han dado tiene que haber sido influida por la distinta filosofía primera en que se funda.

Prescindiendo aquí de la historia de la definición, o sea de lo que cada filósofo ha dicho sobre ella, veamos si, analizando la idea, logramos, hasta cierto punto, definirla.

Es evidente que la belleza es aquella calidad por cuya virtud las cosas son bellas; pero ¿en qué consiste esta calidad? Las cosas son agradables, son útiles, son buenas, son amables; pero estas calidades del agrado, de la utilidad, de la amabilidad y de la bondad, ¿son lo mismo que la calidad de la belleza? Y si no lo son, ¿en qué difieren? Desde luego, podemos asegurar que lo agradable y lo deleitoso no siempre es bello, aunque lo bello sea delicioso y agradable siempre. Así, por ejemplo, el perfume de un incienso y el aroma de las flores son agradables; pero a nadie se le ocurre afirmar que son bellos: luego la idea de la belleza no penetra nunca en el alma por el sentido del olfato. Nada más agradable, ni más deleitoso, que los manjares succulentos y exquisitos para el que tiene hambre; pero tampoco se percibe la belleza por el gusto o por el paladar. Lo mismo se puede decir de las

sensaciones innumerables y variadas que por el tacto recibimos. Quedan, pues, dos solos sentidos corporales capaces de transmitir al alma la belleza exterior de los objetos: la vista y el oído. Por la vista aprende el alma la forma de las cosas, y, por tanto, su hermosura, el primor y concordancia de las líneas, y la gracia, el orden y la medida con que se agrupan y combinan en conjunto armónico. Y por el oído percibe el alma la dulzura, la cadencia y el ritmo de los sonos que producen la melodía, y el primor con que sonos distintos se enlazan y se mezclan armonizándose.

Tenemos, pues, que la vista y el oído son los sentidos estéticos o artistas; los que nos valen y sirven para percibir el arte. A la vista pertenecen todas las artes del dibujo: la arquitectura, la pintura y la escultura, y al oído pertenece la música. Y antes que el arte se inventase, había, sin duda, en el universo sensible, formas y sonidos cuya belleza natural excitó y movió el espíritu del hombre, primero a la admiración y al deleite, y después a la imitación, para crear bellezas nuevas, compitiendo y aun venciendo las bellezas naturales.

Nada de eso, con todo, nos aclara lo que es belleza. Podemos sentirla en las cosas naturales, cuando por ellas son heridos nuestro oído o nuestra vista, sin comprender lo que es, y, sin comprender lo que es, podemos también crearla. Sólo sabemos hasta ahora que la belleza nos produce deleite, pero, como hay cosas que también nos producen deleite sin ser bellas, o, aunque lo sean, no porque lo son, sino por otro motivo, resulta que no se puede definir la belleza diciendo que es la calidad en virtud de la cual nos deleita algo. Lo único que se infiere es que la belleza produce deleite, pero un deleite peculiar y propio suyo, que no se puede definir, como la misma belleza previamente no se defina.

Si adelantamos algo más en nuestra investigación y recordamos que, tanto en la belleza que percibimos por la vista como en la que percibimos por el oído, hay varias partes, hay un compuesto, que ya se extiende por el espacio y ya se dilata en sucesión por el tiempo, con número y medida, podremos decir acaso que la belleza es la simetría, es el orden con que las partes se combinan para formar el todo; es la variedad en la unidad.

A fin de que esta variedad se reduzca a unidad armónica y produzca cierto deleite, esta variedad debe unirse según cierta ley, y esta ley será la ley del arte y el fundamento de todos los preceptos para crear la hermosura o para conocerla.

Llegados ya a este punto, se origina otra dificultad. Esta ley, con arreglo a la cual la belleza se crea, ¿de qué suerte y por qué camino penetra en el espíritu del hombre? ¿Nacerá acaso el conocimiento de esa ley de la contemplación y de la comparación de varios y de muchos objetos naturales en que haya cierta belleza? Y si para entender esta ley nos valen la contemplación y la comparación, ¿nos valdrán también para aplicarla, creando, a nuestra vez, bellezas artísticas? Cuentan que Praxiteles se valió para esculpir su Venus de doce hermosas muchachas griegas, de cada una de las cuales fue tomando e imitando aquella parte del cuerpo que en ella había más hermosa. Así, por mera imitación de la Naturaleza, si bien depurándola, esto es, apartando lo imperfecto y defectuoso y tomando por selección lo mejor, vino el artífice a crear la soberana imagen de la diosa. Pero como el artífice no hubo de proceder a ciegas para decidir y tomar lo que era mejor y más bello en cada una de las muchachas que le sirvió de modelo, ni mucho menos pudo tampoco de la contemplación y comparación de las muchachas inferir y sacar el grado y la medida en que las partes

tomadas de aquí y de allí habían de concertarse para formar el conjunto, fuerza es suponer que, si bien con alguna vaguedad, fijada luego por los objetos materiales, preexistía en el alma del artista el tipo ideal de la mujer hermosa, el concepto más puro y acabado de su singular belleza, el cual concepto hubo de servirle de norma, de guía y de canon para elegir lo que eligió, y, concertándolo de un modo conveniente, hacer lo que hizo.

Si no va errado este discurso, tenemos, pues, que en la mente humana hay un tipo ideal de cada cosa y que, cuando una cosa se ajusta o se aproxima a este tipo ideal, es cuando la declaramos bella. La belleza de las cosas pudiera, pues, definirse en este sentido: la conformidad de su ser o de su forma con el tipo ideal que de ellas preconcebe la mente.

Atrevida suposición sería, con todo, imaginar en cada mente humana, considerado el hombre como artista y como persona de gusto, un mundo ideal completo de arquetipos o de ideas madres, que, ya nos sirvieran para realizar creaciones artísticas, o ya para juzgar las de los otros o las de Naturaleza. Además, sería contra toda experiencia el imaginar estas ideas innatas y perfectísimas, modelos de las cosas exteriores, antes de que las cosas exteriores nos transmitan su imagen por los sentidos. Luego no hay en la mente tal mundo ideal previo; no hay mujer ideal, ni caballo ideal, ni rosa ideal, ni música ideal, antes que las músicas, los caballos, las rosas y las mujeres reales que en el mundo existen penetren en imagen hasta nuestra alma, hiriendo los sentidos. Ya entonces, una vez percibido lo real, podemos formar los tipos ideales dentro de la mente; pero entonces nos sucederá, hasta cierto punto, lo mismo que a Praxiteles para formar su Venus en el mármol. Esto es, que, a fin de elegir lo mejor y más perfecto de lo real y formar lo ideal con ella, debemos poseer un criterio, una regla que venga a ser, no idea innata de una cosa o de otra, sino forma congénita de la mente, por cuya virtud se concibe una belleza universal, de la que, siempre que las cosas participan más o menos, se dice que son bellos.

Presupuesta ya esta belleza universal, pura e indeterminada de la mente, podría mirarse como base para construir una ciencia especulativa, por cuya virtud juzgásemos de la belleza exterior o la creásemos. Sería esto análogo a lo que con la idea de cantidad sucede, cuando sobre esta idea creamos una ciencia ideal, las matemáticas, que nos sirve para juzgar de todo lo real y apreciarlo, en cuanto hay en ello de cuantitativo, o bien para crear nuevas cosas por arte, sujeta a las reglas indefectibles de la cantidad, en fuerzas, en movimientos, en peso, en volumen, en todo aquello. en suma, que puede reducirse a número.

La diferencia está en que la cantidad se define fácilmente, y en categoría universal que a toda cosa pertenece, mientras que la belleza, que es una calidad que no en todas las cosas se halla, es difícil de definir, cuando no del todo indefinible.

Porque si volvemos a considerar la definición que hemos dado provisionalmente, diciendo que belleza es simetría, o unidad en la variedad, o armonía en el conjunto, presuponemos ya la belleza material y corpórea, mientras que por otro camino y discurso dialéctico: hemos venido a parar en una belleza universal, que está en la mente, y que es inmaterial, sencilla y sin partes, aunque nos da las reglas de la proporción y de la simetría que han de tener las partes de una belleza compuesta, corpórea y sensible. Hasta ahora no sacamos en claro sino que, a fin de juzgar de las cosas bellas exteriores, debe de haber una noción de lo bello en la mente; pues, de lo contrario, no habría bello ni feo, y se podría

decir con razón el refrán: «De gustos no hay nada escrito», o más bien: «Sobre gustos no hay ley que valga.»

Kant puso una antinomia, afirmando primero que existía tal noción y negándola luego. La tesis y la antítesis de Kant, como no pocas otras cosas de Kant y de otros filósofos, pecan ya de sobrado claras y candorosas cuando se entienden. Todo ello se reduce a decir que la noción existe, pues si no existiera, nadie tendría derecho a exigir el convencimiento de otro ni a discutir sobre bellezas; y no es bastante clara, porque, si fuese bastante clara, nadie disputaría; todos convendrían en que esto es bello y aquello feo, sin la menor discusión, como todos convienen en que dos y tres son cinco. Resulta, pues, que, según Kant, no hay noción de la belleza en el entendimiento, pero la hay en la razón, esto es, poseemos un principio trascendental, indeterminado e indeterminable, en virtud del cual juzgamos si un objeto es bello o no lo es.

Nos quedamos así, después de Kant, tan a oscuras como antes. No sabemos qué es la belleza en su esencia, y en cierto modo tampoco sabemos lo que es en sus manifestaciones, sino sabemos sólo que una cosa es bella cuando nuestro juicio lo declara, en virtud del oscuro e ineludible principio trascendental susodicho.

Sumidos ahora en esta oscuridad kantiana, pondremos aquí varias de las vagas definiciones que de la belleza se han dado, a ver si nos traen alguna luz.

Según Platón, la belleza es difícil, es proporción y medida, es lo que es cumplido en sí, es lo que inspira amor.

Según Plotino, la belleza es inmaterial, es inteligible y no sensible, y no puede depender de proporción ni de medida. Viene, pues, la belleza a confundirse con el ser puro, con el bien supremo. El resplandor que este ser puro y este bien supremo vierte en las cosas materiales y visibles es lo que las hace bellas.

Este vago y poético concepto de la belleza en Platón y en los neoplatónicos debe de ser el que más se aproxima a la exactitud y a la verdad, y ha prevalecido casi hasta hoy, con pequeñas variantes. San Agustín, Boecio, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Dante, todos abundan en el sentir platónico al hablar de la belleza. Para todos, la belleza, en nuestro espíritu, es ley que deriva inmediatamente de Dios, y la belleza particular de cada cosa es un destello de la belleza absoluta que está en Dios mismo y que es inasequible a toda inteligencia finita. La belleza de Dios resplandece en las criaturas, como el sello que Dios mismo le pone. Y es singular que Dante, el poeta soñador y teólogo, y Bacon, el apóstol y jefe de la ciencia empírica, concuerden en esto del sello divino que hace bellas las cosas.

Los filósofos franceses e ingleses del siglo XVIII, obcecados, ya por el sensualismo o por el escepticismo, o han desconocido o han negado la belleza como cosa en sí. Para Hume, la belleza no es calidad de las cosas; está en el espíritu que las contempla. Lo que para uno es feo, es bonito para otro, como lo que es para uno dulce puede ser para otro amargo. «Así es -añade Hume- que puede ocurrir que uno vea una deformidad donde otro descubra una belleza. Cada cual debe limitarse a gozar de lo que le guste, sin empeñarse en someter a su gusto el de los demás. Buscar belleza o fealdad reales es empresa vana.»

Otros filósofos ingleses son más rastreros, aunque menos escépticos que Hume. No niegan que hay belleza; pero la ponen en la costumbre, en la unidad, en el tamaño, en la conveniencia, en la asociación, en la línea curva y, muy singularmente, en la utilidad. Para Dugald Stewart, nada hay más bello que una haza bien cultivada, y para Reid, el perro más bello es el que posee mejor olfato, y el carnero más bello el que tiene más lana y más fina y da mejores chuletas.

Los sensualistas franceses no anduvieron más atinados ni se mostraron más profundos. Diderot define la belleza como *la proporción*. Rousseau tenía idea más alta, pero no la formula. Para Voltaire, nada hay más relativo. Lo bello depende del sentir de cada persona o ente. Para un sapo, nada hay más bello que su sapa.

En Alemania es donde, en el siglo pasado, volvió a estudiarse mejor y a comprenderse más altamente la idea de la belleza, volviendo a dejarse sentir en los autores el influjo de la doctrina platónica.

Baumgarten llama a la belleza perfección sensible, esto es, reflejo de la belleza divina, que es la perfecta. Para Winckelman, la belleza suprema está en Dios; en el alma hay algo como imagen de esta belleza, y la belleza que vemos en las cosas es la que en ellas está confundida y mezclada, y que nosotros sacamos de ellas, por depuración, extrayendo aquello que más se aproxima al tipo ideal que concebimos, tomando como elemento para la concepción la idea del objeto material que llega a nosotros por los sentidos, y el principio indeterminado de la belleza absoluta que Dios nos graba en el alma.

En resolución: la mayoría de los filósofos y pensadores han venido a coincidir, desde muy antiguo, en que hay belleza que lo es para todos, y en que hay, por tanto, algo en todo espíritu humano en cuya virtud decide, coincidiendo con los demás espíritus, en que una cosa es bella o fea.

Después de la severa crítica de Kant, los tres grandes filósofos, sus sucesores, Fichte, Schelling y Hegel, el último sobre todo, han tratado altamente de la belleza; pero sus definiciones, que tampoco satisfacen, suelen no ser comprensibles sino dentro del cuadro completo o sistema de cada uno. La belleza es la armonía de lo ideal y de lo real; la consonancia del espíritu con la forma; la aparición de lo infinito en lo finito: definiciones todas que pueden reducirse al pensamiento platónico acerca de la belleza y que, en último análisis, no penetran hasta la esencia misma de lo bello.

Los dos únicos medios para acercarnos a una definición de la belleza son: primero, por negación, probando que no es bello lo que a menudo se confunde con lo bello, y segundo, por los efectos que lo bello produce, y no por lo que en sí mismo es.

En el primer medio o en el de la negación hay mucho que distinguir, porque, en cierto alto sentido, lo bello es agradable, y es útil y es bueno, y es amable; y en el mismo alto sentido todo lo que es bueno, agradable, útil y amable, tiene que ser bello por fuerza. Pero lo agradable, lo útil, lo bueno y lo amable de baja ley, de donde nacen en nosotros deleite, contento, satisfacción y amor de baja ley también, puede ser útil, bueno, etc., y no ser bello. Lo bello, pues, implica una perfección y una excelencia cuyo fin está en lo mismo que es

bello y no fuera; por donde no hay objeto que, si es bello, o en lo que tiene de bello, considerado en sí, no sea bueno, si se considera con relación a cierto fin, y no sea agradable porque nos agrada; y no sea útil, porque ¿qué utilidad mayor que la de causar agrado?; y no sea bueno moralmente, porque su contemplación eleva y purifica el alma; y no sea deleitoso, de puro y santo deleite, porque nada deleita pura y santamente más que la belleza. Y, sin embargo, en un objeto altamente bello y que es a la vez bueno, deleitoso, útil, etc., distinguimos bien todas estas calidades y no las confundimos. Una hermosa mujer, pongamos por caso, será deleitosa por su trato y por su cariño para su amigo o su amante, buena por sus prendas morales, agradable por mil motivos, útil porque con su habilidad, con su talento y con otras aptitudes puede traer provecho y ventajas. Y tal vez a su agrado, a su utilidad y a su bondad contribuirá su hermosura; pero su hermosura, con todo, no se confundirá nunca en la mente de nadie con las otras prendas que la adornan, y será hermosa, porque es hermosa, y no porque es útil o buena, o deleitosa, o llena de agrado. ¿Por qué, pues, es hermosa la que es hermosa? Y volveremos a lo mismo, a lo indefinible de la belleza. ¿Es hermosa por la proporción, por la simetría, por la unidad en la variedad? Esto nada significa. Esto es decir lo mismo: es hermosa porque es hermosa, porque hay en ella aquella armonía y debida proporción de partes que requiere la hermosura, cuando la hermosura tiene partes. Además, hay belleza material e indivisible. ¿Cómo explicar entonces esta belleza? La virtud es bella, un alma humana es bella la ciencia es bella, es bella la verdad, es bello un acto, es bella una pasión, y así, son bellos mil objetos en que no hay partes, ni hay, por consiguiente, realizada armónica proporción entre ellos.

No sabemos, pues, lo que es la belleza. El signo característico más seguro para reconocerla está, no en su esencia, para nosotros desconocida, sino en el efecto capital que en nosotros produce. Este efecto es el amor puro, desinteresado, extraño, o, mejor dicho, superior a todo anhelo o deseo de poseer el objeto bello y amado, cuya mera contemplación produce deleite, que puede subir hasta ser bienaventuranza.

Así es que, por el efecto, podemos definir la belleza la cualidad que produce en quien la contempla amor desinteresado y puro. Pero como el fin del amor es el bien, la belleza se confundirá entonces con el bien. A lo cual puede contestarse que no se confunde. En las cosas hay bondad extrínseca, que viene a ser casi la utilidad. Esta bondad es como medio para llegar a un fin. No es esta bondad la que constituye la belleza. Es, sí, la bondad intrínseca, cuando se prescinde de todo fin, o cuando para nosotros no lo tiene, o si le tiene, le ignoramos. La belleza es el resplandor de esa bondad intrínseca, que brota con más o menos abundancia y pureza de los seres todos. Y como frecuentemente esta belleza está turbia, confusa y mezclada con impurezas y fealdades en lo real, ha nacido el arte, por cuya virtud el espíritu humano saca la belleza de las cosas naturales, y, ajustando la idea que concibe de ellas a su concepto universal de la belleza, y revistiéndola luego de forma sensible, con sonidos, palabras, colores, mármol o bronce, crea las obras de arte.

De esta suerte, el arte es sobrenatural y no lo es. El arte enmienda la Naturaleza y no la enmienda. El arte es más que la Naturaleza y no es más. El espíritu no debe considerarse fuera de la Naturaleza; el espíritu la completa y le da vida. En los objetos naturales e inanimados no hay belleza cuando no hay el espíritu que les presta el hombre al contemplarlos, percibiendo allí el orden y la armonía.

Resultado de todo nuestro estudio dialéctico es esta definición de la belleza: belleza es el resplandor de la bondad intrínseca, cuya mera contemplación produce puro deleite y amor desinteresado; pero aun creyendo que esta definición es la menos mala, todavía declaramos ingenuamente que al darla no hacemos sino alejar la dificultad, llevar la incógnita a otro término y no despejarla. ¿Qué es esa bondad intrínseca que, prescindiendo de utilidad, provecho o conveniencia, hay en las cosas, en unas más y en otras menos, y que da alguna luz de sí en todas ellas para los ojos penetrantes de todo noble espíritu humano? A esto menester es contestar que no sabemos qué pueda responderse, si no decimos con sentimiento religioso que esa bondad intrínseca es el sello, es algo del mismo Dios, que el mismo Dios pone en las cosas, porque está en ellas y porque las crea.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

